



Herbert González Zyma y Diego Prieto López (eds.), *Monasterio de Piedra, un legado de 800 años. Historia, Arte, Naturaleza y Jardín*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2019, 589 pp. ISBN: 978-84-9911-581-8.

El libro editado por Herbert González Zyma y Diego Prieto López conmemora los ocho siglos transcurridos desde la consagración del monasterio de Piedra y el comienzo de la vida monástica (1218-2018). Está compuesto de casi una treintena de trabajos de investigadores de diversas disciplinas quienes, a través de diferentes perspectivas, analizan el contexto de la llegada de los cistercienses a varios de los reinos peninsulares —Aragón, Mallorca, Castilla y Portugal—, las características del arte de sus monasterios, su reforma y observancia, innumerables aspectos del monasterio de Piedra, su influencia y relación con otros agentes y corporaciones, la sonoridad de sus dependencias y su entorno geológico.

En primer lugar, una serie de trabajos de carácter general sirven de contexto a la obra, aludiendo a la fundación de la orden y su asentamiento en la Península Ibérica. Fr. Octavi Vilà analiza su introducción en la Corona de Aragón y sus vínculos con la monarquía. Guillem Alexandre Reus i Planells estudia el monasterio de Santa María de la Real de Palma y el asentamiento de la orden en Mallorca a raíz de la conquista de la isla (1229). Ghislain Bauray hace un repaso a los monasterios castellanos durante la Edad Media. En él expone los aspectos comunes con el resto de Occidente que trató de impulsar el Capítulo General de Cîteaux y las particularidades locales como el retraso cronológico respecto a otras regiones, la distribución geográfica, el protagonismo de las abadías en el entorno rural, su economía, los monasterios femeninos, su papel político y cultural y las nuevas perspectivas que se abren a la investigación futura, desde el punto de vista de la historia institucional, política, de género y cultural. Maria Alegria Fernandes Marques aborda los comienzos del Císter portugués a través del monasterio de Lafões, sus patrones de la familia Peculiar, el religioso João Cirita y el rey Alfonso Enríquez.

Las características artísticas de los monasterios cistercienses aragoneses son analizadas por Eduardo Carrero, cuestionando los modelos únicos extensibles a otros monasterios y defendiendo que, más allá de algunas de las principales abadías francesas y su entorno, el panorama fue muy variado. El autor matiza varias teorías previas que pretenden desmarcar la arquitectura benedictina a la cisterciense y descarta que fueran las casas-madre las que influyeron en la configuración de los monasterios adscritos a ellas, como queda de manifiesto en el

caso aragonés. La diversidad arquitectónica y estilística fue lo que primó en la Corona de Aragón, influyendo más los aspectos litúrgicos y los modelos cercanos —aunque no fueran de la orden, ni siquiera monasterios—, que los propios de una arquitectura cisterciense.

Al igual que el resto de las órdenes religiosas, los cistercienses se vieron inmersos en procesos de reforma con la creación de las Congregaciones de Observancia. Diana Lucía Gómez-Chacón analiza la reforma cisterciense en Castilla, dirigida por fray Martín de Vargas a través de la fundación de Montesión —bajo el patronato artístico de los Álvarez de Toledo— a través del estudio de los restos conservados, como los sepulcros de los fundadores, capiteles y las obras del monasterio. Por su parte, Rebeca Carretero Calvo y Jesús Criado Mainar, estudian la Congregación cisterciense en la Corona de Aragón que afectó tanto a Piedra como al resto de monasterios masculinos de la provincia de Zaragoza e influyó en la similitud de tipologías arquitectónicas entre unos centros y otros.

Entre los estudios de carácter particular, destaca el de José Arturo Salgado Pantoja, quien pone el centro de atención en las fundaciones del Císter en Guadalajara: Monsalud, Bonaval y Óvila. Todas ellas datadas en la segunda mitad del siglo XII, contaron con el patrocinio de Alfonso VIII e influyeron en la configuración artística románica de las iglesias parroquiales de la Alcarria, coetáneas o posteriores a dichos cenobios, particularmente en la ornamentación, planteando la posibilidad de que ocurriera lo mismo en otros territorios peninsulares. Paula Garatea Aznar, en su aportación, analiza los paños murales de Santa María de La Oliva, a través del análisis del arquitecto en su trabajo diario.

Santa María de Piedra, monasterio objeto de estudio del presente volumen, es investigado desde varias perspectivas. Uno de los editores del libro, Herbert González Zyma, analiza minuciosamente su fundación ligada a Poblet y a Alfonso II de Aragón, haciendo hincapié en la ubicación, proceso constructivo y análisis artístico de las distintas dependencias y de algunas piezas del conjunto monástico a lo largo de la Edad Media. Roberto Hernández Muñoz se centra en sus sistemas defensivos, necesarios por el aislamiento de los emplazamientos de estos cenobios, analizando la evolución de su muralla. Irene Lázaro Romero aborda la iconografía y simbología del episodio del premio lácteo de San Bernardo a través de obras realizadas para el monasterio entre los siglos XVI y XVIII, formulando las hipótesis acerca del origen de la leyenda, de tardía incorporación en la hagiografía del santo. Abraham Rubio Celada estudia la cerámica de Piedra en la Edad Moderna ya que, pese a ser empleada desde su fundación en el siglo XII, no se conservan restos de esta época, particularmente la vajilla usada en el refectorio y, en concreto, un aguamanil. Carmen Marín Jarauta deja constancia de los porme-

nores de la intervención arqueológica que tuvo lugar en el 2018 en una capilla de la cabecera de la iglesia donde aparecieron dos tumbas y un osario, de posible uso entre los siglos XIII-XVIII, junto a otros materiales cerámicos y azulejos. Antonio Pedrero González, Leo Marandet, Luis Iglesias Martínez y Daniel de la Prida Caballero reconstruyen los espacios sonoros de la sala capitular y el refectorio, primeramente, haciendo mediciones para, en una segunda fase, incluir los aportes de las fuentes documentales y arqueológicas permitiendo al lector conocer como fue en un pasado. Antonio Hernández Pardos analiza el órgano neoclásico de finales del siglo XVIII, uno de los escasos ejemplos conservados de este estilo, hoy en día albergado en la iglesia de Aguarón, localidad que estuvo vinculada al Císter a través de las monjas de Trasobares, poseedoras de la iglesia.

Al igual que numerosos monasterios españoles, el de Piedra no escapó a los procesos desamortizadores del siglo XIX. Luis Barbastro Gil aborda la desamortización que sufrieron los bienes del monasterio a raíz del decreto de Mendizábal, desde el punto de vista jurídico y político y las fases de dicho proceso, que comenzó con la venta de sus mejores fincas, después el propio monasterio y otros bienes menores, así como las repercusiones y consecuencias que tuvo para el mismo. El problema de identificación y estudio de dichos bienes, dispersos en otras iglesias e instituciones, lo plantea José Luis Cortés Perruca, proponiendo como causas la ausencia de un inventario exhaustivo de los bienes del monasterio, de otros documentos y la dificultad para encontrarlos.

Laura Ruiz Cantera, contextualiza la proliferación de jardines públicos en Zaragoza durante la segunda mitad del XIX, particularmente, a partir de las regencias de María Cristina y Espartero. Muchos de estos jardines tuvieron su origen en monasterios desamortizados. Al igual que hicieron en la ciudad miembros de importantes familias, entre los que se encontraban los Muntadas, estos dotaron de jardines al monasterio de Piedra. Tras el proceso desamortizador, el monasterio había pasado a manos de esta familia, lo que lleva a Diego Prieto López a analizar su papel pionero en el desarrollo del Turismo y protección del patrimonio, al convertir el monasterio en residencia privada y hotel y las antiguas huertas en jardín durante los siglos XIX y XX. En la misma línea, Massimo Venturi Ferriolo nos habla de los jardines románticos y Héctor Navarro Martínez de los jardines del monasterio de Piedra como fuente de inspiración para el arquitecto Rafael Gustavino, tras ser invitado por la familia Muntadas al monasterio.

Otros autores señalan las influencias o relaciones de Piedra con otros ámbitos. Pedro Luis Hernando Sebastián destaca su influjo en el arte de repoblación de los siglos XIII y XIV en las poblaciones de su entorno, en materiales, técnicas constructivas y en los elementos decorativos. Al margen de las grandes ciudades,

las obras del entorno rural trataron de imitar modelos, suponiendo la llegada de los cistercienses al territorio una «verdadera revolución creativa» de la que se sirvieron las parroquias de las aldeas. Carlos Rodrigo Reina Casado, aborda los vínculos entre Piedra y Santa María de Trasobares en el siglo xvi, durante el episcopado de fray Hernando de Aragón. Héctor Rodríguez Rivero se centran en la relación política, histórica y económica entre el poblado de Carenas y el cercano monasterio de Piedra en la Edad Media y el patrimonio artístico derivado de las mismas, fundamentalmente por la existencia de dos alcaides, uno civil y otro eclesiástico, este último elegido y nombrado por el abad del monasterio. Antonio Hernández Pardos y Luis Miguel García-Simón estudian el despoblado de Alcañicejos y su iglesia de San Bartolomé, de influencia cisterciense, patrocinada por los señores durante el siglo xiii y relacionado con la presencia del monasterio de Cambrón en Sádaba y de Lagata, antecedente al de Rueda y el de Aylés, donde los religiosos tenían una granja.

Por último, además de los estudios anteriormente señalados, provenientes de la Historia, Historia del Arte y Musicología, María Concepción Arenas Abad, María Cinta Osácar Soriano, Luis Auqué Sanz y Carlos Sancho Marcén abordan, desde el punto de vista físico, químico y biológico, el entorno geológico del parque del monasterio de Piedra y la formación de tobas en el mismo, como resultado de una compleja interacción de procesos de diverso género. Las conclusiones obtenidas aportan abundante información sobre el clima, hidrología y algunas características geológicas de la región.

Por tanto, nos encontramos ante una obra de lectura obligada para todos aquellos investigadores de la Orden del Císter y del monacato en general. El gran número de estudios que recoge, la interdisciplinariedad de sus autores y el riguroso análisis y contextualización, convierten al libro en un completo estudio acerca del monasterio aragonés de Santa María de Piedra a través de sus ocho siglos de existencia y su relación con otros centros e instituciones.

Juan A. Prieto Sayagués
Universidad Complutense de Madrid
juanapr@ucm.es
<https://orcid.org/0000-0001-9286-2182>